

SIMONA SPARACO

EL SILENCIO DE NUESTRAS PALABRAS

 Planeta

SIMONA SPARACO

EL SILENCIO DE
NUESTRAS PALABRAS

Traducción de Isabel González-Gallarza

Título original: *Nel silenzio delle nostre parole*

© Simona Sparaco, 2019

© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: febrero de 2020

ISBN: 978-84-08-22269-9

Depósito legal: B. 265-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

8.52 HORAS
QUINCE HORAS ANTES DEL INCENDIO

Alice

Como casi todas las mañanas, también la de aquel 23 de marzo, el teléfono de Alice empezó a sonar, puntual.

Ella dormía tan profundamente que parecía que ningún sonido pudiera alcanzarla. Fue más bien al chico tumbado a su lado, Matthias, al que molestó el ruido. Se limitó sin embargo a meter la cabeza debajo de la almohada.

Aunque tenía el sueño pesado, de noche Alice daba vueltas en la cama como un animal acosado. Al despertar podía aparecer cabeza abajo, en una postura inverosímil. Desde que vivía con Matthias —diez semanas y tres días—, cuando dormía se movía a su alrededor, mientras que él solía quedarse inmóvil como un cadáver.

Esa mañana estaba totalmente desnuda, con una mano apoyada en el pecho del chico y un muslo sobre su pubis. Él también estaba desnudo, vuelto casi de tres

cuartos, como si en los últimos desplazamientos hubiera intentado en vano sustraerse a sus continuas invasiones.

A muchos kilómetros de distancia, en un pueblecito de la provincia italiana, la madre de Alice, Silvana, se rindió y colgó el teléfono.

«Son las nueve, tendrá clase en la universidad —pensó con la obsesión controladora que la caracterizaba—. No puede permitirse dormir hasta tarde.»

Silvana estaba en su restaurante, en el obrador contiguo a la cocina. Para llamar a su hija se había alejado de la encimera donde, temprano por la mañana, extendía con su hermana la masa para la pasta.

—No me contesta —se lamentó volviendo al trabajo.

—Estará durmiendo —repuso irónica su hermana.

—No debería dormir. Tiene que estudiar.

—Es buena chica, lo sabes.

En la habitación de al lado —la pequeña antecámara en la que tomaban las reservas—, Franco, su marido, hablaba al teléfono con un proveedor. En un intento por calmar los nervios, Silvana se centró en mezclar con brío en el cuenco el relleno de los raviolis.

—¡Franco! —lo llamó cuando oyó que había terminado de hablar por teléfono.

El marido se asomó:

—¿Qué pasa, Silvana?

—Alice no me contesta.

—¿Y qué?

—¡Nunca oye el teléfono, pero tiene que despertarse!

—Igual ya ha salido, se lo habrá olvidado en casa. Déjala tranquila.

—Sí, déjala tranquila... ¡A ver luego qué notas saca!

—Serán buenas.

—Sale todas las noches. Esperemos que no vaya por mal camino...

—Bueno, yo me voy —la cortó él en tono resignado antes de cerrar la puerta y dejar a su mujer farfullar con su hermana, que, según Franco, se subiría al podio con él el día que les dieran el premio a la paciencia.

Unos minutos más tarde, la masa estaba extendida y Silvana sólo tenía que repartir el relleno con la cuchara en los espacios para tal fin, pero algo la desconcentró. Con el dorso de la mano se apartó el mechón de cabello que le caía en la frente y se alejó para ir al baño.

Se miró en el espejo delante del lavabo y se descubrió un profundo surco en mitad del entrecejo. No le molestó, al contrario, le pareció una señal adecuada. Estaba preocupada, ¿por qué debería haberlo ocultado? ¿Por qué sólo ella entendía la gravedad de la situación?

Alice llevaba en Berlín desde primeros de octubre con una beca Erasmus de la Facultad de Arquitectura, y su madre apenas sabía nada de cómo se encontraba ni de lo que hacía allí. En los informativos de la televisión sólo hablaban de atentados sin fin, historias de tensiones sociales y tiroteos. Alice era tan ingenua, tan desor-

denada y distraída... Desde que se había marchado parecía incluso que no quisiera hablar con ella, se negaba, no contestaba al teléfono ni le devolvía las llamadas; las pocas veces que Silvana conseguía obligarla a hablar, tenía que sacarle a la fuerza frases a medias, fragmentos breves y valiosos sobre los que rumiar durante horas y días en un intento por extraerles alguna información útil.

Silvana se preguntaba cómo pasaba los días su hija; se imaginaba el campus de la universidad, lleno de pequeños restaurantes en alemán con incomprensibles cartas de menús, y su residencia, que, por lo que Alice le había contado a Franco, apestaba a perro mojado y a las salchichas frías que les ponían de desayuno. Sabía de las exposiciones y los museos que Alice había tenido ocasión de visitar: eso también se lo había dicho Franco, que, al contrario que ella, sí conseguía hablar con su hija.

No había vuelto ni para las vacaciones de Navidad porque había acumulado retraso en sus estudios. «Ni una sola Navidad más sin Alice», se había prometido Silvana en fin de año, acordándose de cuando se habían despedido en el aeropuerto y, delante de todos, la había abrazado con un ímpetu tan intenso que daba la impresión de que quisiera devolverla a su seno de alguna manera.

—Ya no es una niña —le repetía a menudo Franco—, y nunca ha sido nuestra.

«Está tan lejos», pensó Silvana esa mañana, mirándo-

se al espejo. Se vio el rostro hinchado y mucho más viejo que cuando, poco antes de traerla al mundo, se preguntaba si sería niña y a quién se parecería. Clavadita a su padre, ahora podía decirlo: el mismo color de tez y de cabello, la misma sonrisa y las mismas ganas de holgazanear hasta tarde; de no ser porque siempre había alguien para recordarles que tenían que espabilar si querían ir al ritmo de la vida, los muy fantasiosos eran capaces de perderse. Como se estaba perdiendo Alice, se imaginó Silvana. Por lo pronto, las clases de la mañana: porque se la imaginaba perfectamente, durmiendo como un tronco pese a lo incómoda que era la cama de su residencia de estudiantes, con los vecinos de la habitación de al lado haciendo ruido al prepararse, y ella sin oír nada, como de costumbre.

Para obligarse a interrumpir esa demora improductiva, Silvana abrió el grifo del lavabo con un gesto decidido y se mojó las manos. Después se masajeó despacio el entrecejo. Tenía que volver al trabajo antes de que se secase la masa.

Volvió a sacarse el móvil del bolsillo para mandarle un mensaje a su hija:

Alice, ¿por qué nunca me contestas? ¿Es que tengo que pasarme toda la vida persiguiéndote?

Naima

En la planta inferior hacía poco que Naima había abierto los ojos y, como cada 23 de marzo, recordó que habían pasado muchos años desde el día del diagnóstico. Treinta y tres ya.

Por un instante, se concedió revivir la sensación de las piernas en movimiento, la consistencia de los granos de arena durante los paseos veraniegos en Cassis, el cosquilleo en la planta de los pies y todos esos recuerdos precisos de la juventud vividos entonces como un hecho normal, en la inconsciencia de lo que ocurriría después, precisamente el 23 de marzo de hacía treinta y tres años, cuando para ella había empezado una silenciosa cuenta atrás.

Como cada mañana desde hacía más de medio siglo, Naima vio a Gerard, su marido, tumbado a su lado. Ella se dormía siempre sola en el cuarto porque a él le gustaba ver la televisión hasta tarde en el salón. Era una costumbre que tenía ya desde antes de jubilarse. Pero, al menos hasta hacía un año, de noche sus cuerpos tendían a buscarse, aunque sólo fuera para un leve contacto, y no era extraño que, al despertar, Naima se lo encontrara sobre ella, con las piernas ligadas a las suyas y una mano apoyada en el brazo o en el hombro, como si hubiera buscado retenerla.

En los últimos tiempos las cosas habían cambiado. Cada vez más a menudo, al despertar Naima encontraba a Gerard acurrucado él solo, de espaldas a ella.

Para sustraerse a la melancolía de su aniversario, esa

mañana se abstraigo observándolo: el perfil del costado que se alzaba y bajaba siguiendo el ritmo de una respiración que con los años se iba haciendo más cavernosa; la nariz, que había adquirido volumen; el cabello, abundante aún pero encanecido; la tela raída del pijama. Trató de adivinar sus sueños, como hacía de día con sus pensamientos, cada vez que su humor se oscurecía y dejaba incluso de quejarse.

Seguía siendo el mismo hombre que había conocido de joven en Marsella; su gran amor, madurado pese a las rivalidades familiares —ella, argelina de familia musulmana; él, católico y francés—, y al que, fugándose de casa, había seguido hasta Alemania. El mismo héroe de su adolescencia, que, sin embargo, no estaba envejeciendo bien: las continuas subidas de tensión, las lagunas de memoria, ese desaliño que no cuadraba con su elegancia del pasado.

Unos días atrás lo había visto salir de la ducha y pedirle un vaso de agua. Cuando se lo había servido, él ni siquiera lo había cogido y se había quedado mirándola unos instantes, como preguntándose qué hacía allí su mujer delante de él con ese vaso en la mano.

No era, pues, de extrañar que Tine, su asistente, llevara varios meses quedándose a dormir en la casa. Tenía que cuidarlos a ambos. Era el último síntoma de la enfermedad, pensaba Naima. Tine había llegado con el empeoramiento de sus condiciones, una aceleración imprevista, brutal. Una imposición.

Seguramente ya estaría levantada a esa hora, con su bata de flores rosa, su cabello ralo y sin volumen, trajinando en la cocina, desde donde, en efecto, no tardó en llegar el ruido de tazas y sartenes, señal de que estaba preparando el desayuno.

Naima vivía la presencia de la asistenta como una invasión del territorio cotidiano, compuesto por pequeños gestos que en tiempos hacía ella misma. Como si la enfermedad y Tine estuvieran aliadas de algún modo en el intento de hacerla retroceder a una dimensión infantil. Como si hubieran querido obligarla a volver atrás, a los años en que su padre gritaba en la cocina, blandiendo una escoba con ferocidad, y su madre se desahogaba después con ella, rapándole el cabello casi al cero con el pretexto del tifus o de los piojos y manteniéndola prisionera de sus inseguridades ancestrales.

Naima había perdido ya casi por completo la sensibilidad en las extremidades inferiores —al tacto, al frío, al calor, incluso al dolor—, pero seguía siendo tan tenaz y soberbia como de joven. Era incontinente, apenas conseguía contraer los músculos de los esfínteres y no siempre lograba sentarse ella sola en la silla de ruedas, pero no renunciaba a intentarlo.

Paseó la mirada por toda la habitación hasta abarcar la silueta oscura de la silla a su izquierda —ese ambiguo exoesqueleto compuesto de correas flexibles y resistentes que llevaba encima casi todo el día— y, en ese instan-

te, el timbre inesperado del teléfono la sacó de sus pensamientos. Pensó que sería Bastien, su hijo.

No el niño de poco más de un metro que le decía con voz angelical: «Mamá, eres la más guapa del mundo y de mayor quiero casarme contigo». No el niño de belleza de efebo al que bañaba por las noches y al que cubría de besos y sonrisas entre las sábanas, sino el hombre taciturno y áspero que lo había destronado. El hombre de cabello negro azabache, barba descuidada y tez oscura, como su abuelo materno, del que había heredado también la voz ronca y la tendencia a refunfuñar.

Bastien tenía casi treinta años ya, y lejos quedaban los recuerdos de cuando aún vivía con ellos. Durante mucho tiempo les había quitado el sueño por sus malas compañías, por el muro que había erigido entre ellos y él. Cuando volvía a casa, en plena noche, tenía esa mirada fuera de sí que obligaba a Naima a rebuscar en sus bolsillos, convencida de que guardaba droga en ellos. Y en esos tiempos cuántas sustancias había encontrado, sustancias que le habían traído problemas. La policía los había llamado un par de veces para avisarlos de que el muchacho se metía en peleas. Era un milagro que nunca le hubiera caído ninguna condena por tráfico, pero cuánta vergüenza pasaron el día que decidieron retenerlo en la cárcel casi una semana...

Antes incluso de terminar el bachillerato, Bastien ya había querido independizarse, subsistiendo con toda clase de pequeños trabajos, y desaparecía sin dar noti-

cias durante larguísimos períodos. Se ocupaba de ordenadores, lo único que siempre le había interesado de verdad. Cuando reaparecía en sus vidas, tenía siempre la mirada ausente, perdida no se sabe dónde, quizá en alguna parte de sus mundos virtuales, ya que, según decía, inventaba aplicaciones para móvil.

Naima se había enterado, por una antigua compañera de colegio de Bastien que vivía en el barrio y que iba a verla de vez en cuando, de que su hijo estaba con una mujer mayor que él, profesora de yoga, de padre iraní y madre moldava, agnóstica como Bastien.

Desde hacía unos meses Bastien iba a desayunar con ellos casi todas las mañanas, algo que Naima no alcanzaba a entender. Les llevaba sus dulces preferidos. Aquello debería haberle gustado, o al menos tranquilizado, pero Naima nunca había confiado en su hijo, no había aprendido a hacerlo. Los cambios de rumbo siempre la habían hecho recelar: ¿qué había cambiado de verdad desde los tiempos de las peleas, desde cuando bastaba el sonido del timbre de la puerta para alarmarla? «¿Estará tramando algo?», se repetía siempre que lo veía. Para empezar, ¿por qué quería de pronto que se trasladaran a una residencia? Decía que ya no podían vivir allí solos y que no les bastaba una asistenta para cubrir todas sus necesidades. Pero ¿por qué tantas atenciones para con ellos de repente?

Naima lo veía comportarse como si fuera el cabeza de familia, ¿con qué derecho? «¿Sería capaz?», se pregunta-

ba, reflexionando sobre el hecho de que Bastien tenía ahora el mismo tono arrogante de su abuelo.

«Hay que vender la casa cuanto antes, también porque se cae a pedazos y, las cosas como son, Naima, necesitaría unas obras de reestructuración radicales», le había dicho.

Sí, la llamaba Naima. Y eso también la desconcertaba. ¿Desde cuándo había dejado ese niño de llamarla mamá? ¿Cuándo había sido? «¿Por qué en un momento dado pasé a ser Naima? ¿Necesitará dinero? ¿Se habrá metido en algún lío?»

El hombre en cuestión, Bastien, se había llevado al niño al que Naima se había dedicado durante tantos años y lo había encerrado dentro de una coraza. A veces su madre se hacía la ilusión de que lo reconocía, atrapado dentro de los ojos oscuros del Bastien adulto, y le habría gustado contarle una historia, como hacía cuando le leía cuentos antes de dormir. Pero Naima no era capaz de contarle nada al tipo sombrío y huraño que había ocupado su lugar.

Sólo cuando entreveía al niño se volvía Naima más dócil y maleable, casi en señal de rendición; como si confiara en un rescate que le devolviera el botín, aceptaba los consejos menos radicales, como el de contratar a Tine a tiempo completo o el de dejar el móvil en el baño porque «las radiaciones no son buenas, sobre todo de noche, mientras duermes». Esperaba que le devolvieran a su niño, aunque sabía que quien la llamaba esa maña-

na era el Bastien adulto, aquel en el que ya no confiaba. Porque era casi la hora del desayuno. «Seguramente tendrá hambre, o algún documento que quiera que firme, como la otra vez.»

Agarró el manillar de la silla de ruedas y apartó las sábanas para prepararse a bajar de la cama. Y sólo entonces se dio cuenta de que una de las piernas de Gerard estaba entrelazada con las suyas.

Polina

En el estudio en el que vivía Polina, en la segunda planta, había un silencio tal que por un instante creyó que el llanto nocturno e ininterrumpido de su hijo la había dejado sorda.

Janis se había dormido por fin.

Hasta hacía unos minutos, también ella no deseaba otra cosa que no fuera dormir, sumirse en el sueño químico al que de vez en cuando recurría de noche. Había estado tentada de tomarse un sedante, ¿y por qué no lo había hecho?, ¿por qué se había quedado inmóvil en la cama, con los ojos abiertos como platos, observando por la ventana la pared gris del edificio de enfrente?

El agujero que tenía dentro, en alguna parte imprecisa, y que se la estaba tragando despacio, se había agrandado de repente. Polina había notado como un derrum-

be en el pecho, y ahora una nueva fuerza, más violenta, la atraía inexorablemente al interior de ese vacío.

Poco quedaba del cuerpo de bailarina profesional que había sido el suyo durante años. Tenía las piernas hinchadas, había cogido peso y lo notaba todo en el diafragma, como si su vientre siguiera grávido y ella hubiera envejecido de golpe, cuando en realidad sólo tenía veintitrés años.

Sentía que la habían abandonado las fuerzas, dentro de sí sobrevivían sólo deseos primarios, lábiles e indecisos. Se había convertido en una concha fósil, enterrada bajo la arena. Mientras que el molusco que la había habitado durante nueve meses estaba tendido, inmóvil por fin, dentro de un cochecito azul de segunda mano aparcado a dos pasos de la ventana.

Polina nunca había amamantado a Janis. Se había negado desde el primer día. «El calostro es importante para las defensas inmunitarias», le había advertido el médico. Polina no había contestado, se había limitado a sonreírle como aturdida y a decir que no con la cabeza; se había sentido petrificada ante la perspectiva de un gesto tan sencillo, y al mismo tiempo tan absoluto, de rendición.

«Tienes que defenderte tú solita. —¿No era eso lo que le repetía siempre su madre?—. Como he hecho yo.»

Cuando una enfermera de aire severo y cabello oxigenado le había suministrado el fármaco que le bloquea-

ría la subida de la leche, Polina se había sentido observada con desprecio. Pero había pensado: «No me importa». Y en su fuero interno había bendecido la leche en polvo, los esterilizadores y los biberones con tetina gradual.

Había bajado la mirada, en un gesto casi de respeto por el desprecio de la mujer, pero no se había dejado corroer por ningún remordimiento, sintiendo en su lugar el inesperado alivio de saber que su cuerpo volvía a ser uno solo, vaciado y desinfectado.

Volvía a ser suyo.

Dos meses después del parto seguía convencida de no tener ningún sentimiento de culpa con respecto al niño. «Me lo ha quitado todo», había pensado, mirando fijamente la pared. Mientras que ella le había dado la vida.

Los sentimientos de culpa se le habían enquistado en otras partes: en el rescate fallido de una infancia sacrificada por un sueño que aún no se había cumplido; en la voz de su padre, que tan sólo unos meses antes le había dicho: «Vengo para el nacimiento, ¿puedes pagarme el billete?».

Al teléfono tenía el mismo tono monocorde de los días en que debía arreglar los detalles para el funeral de su esposa y se preocupaba con Polina de los pocos ahorros que quedaban. Por eso ella le había rogado que no fuera, que le diera algo de tiempo para organizarse, porque en ese momento todo lo que Polina había dejado en su pequeña aldea en Jūrmala, asomada al golfo de Riga, en el Báltico, le evocaba fracaso y muerte.

Janis volvió a dar señales de vida con tímidos gimoteos que expresaban quién sabe qué necesidad. Había comido, tenía el pañal limpio, lo normal era que durmiera. Sin levantarse de la cama, Polina imaginó sus ojos abiertos como platos, escrutando circunspectos la habitación.

Cuando era pequeña, Anita, su abuela paterna, le había explicado, a propósito de un primo que acababa de nacer, que el rostro de los recién nacidos cambia cada día, adoptando incluso las expresiones de lejanos antepasados desconocidos.

Los gimoteos de Janis se volvieron más agudos e insistentes, hasta obligarla a levantarse de la cama. Una tontería que le costó un esfuerzo sobrehumano.

Se acercó a la cuna bajo la ventana y lo miró.

Para ella, su hijo no se parecía a nadie conocido. Al menos, no de su familia. Pero era cierto que su rostro cambiaba cada día, sin dejar de ser el mismo.

Un intruso.